

El edificio de la razón

Guillermo Hurtado

Jaime Labastida ha tenido, desde hace medio siglo, una presencia destacada en varios círculos de nuestra cultura. Durante décadas se ha dedicado a la poesía, el ensayo, la historia, el periodismo y la gestión cultural, pero jamás ha dejado de ser un filósofo en el sentido más rotundo del término. Sería interesante hacer una crónica de su trayectoria filosófica desde *Producción ciencia y sociedad: de Descartes a Marx*, publicado en 1969, hasta *El edificio de la razón*, aparecido en 2007. De alguna manera, su recorrido ha sido el de toda una generación que alcanza su mayoría de edad intelectual alrededor de 1968 y que, posteriormente, fue testigo del derrumbe de una concepción del mundo, de la sociedad y de la razón en la que se formaron con ilusión. Algunos de los miembros de esta generación se aferraron a sus ideas con una mezcla de desesperación y nostalgia; otros —acaso con mayor capacidad de adaptación— transitaron sin mayor reparo hacia el multiculturalismo o la hermenéutica; otros, en cambio, lo hicieron hacia el nihilismo posmoderno. Labastida no pertenece a ninguno de estos grupos: no se quedó varado en doctrinas superadas, ni adoptó de manera oportunista otras banderas filosóficas, ni tampoco ha renunciado a su defensa del valor de la razón y de la ciencia. Esto puede constatarse en su más reciente libro de filosofía. A diferencia de su primer libro, en el que buscaba demostrar de qué manera un modo de producción económica determinaba el método y la filosofía cartesianas, en *El edificio de la razón* realiza un trabajo de historia de las ideas en el que los aspectos sociales y económicos son dejados a un lado. El propósito del libro es investigar cómo se ha construido lo que conocemos como el sujeto científico y cómo, al mismo tiempo, se ha ido construyendo su morada, lo que Labastida llama el edificio de la razón. La posición de Labastida es la de una defensa enfática del sujeto científico y del edificio de la razón. En este sentido va a contracorriente de numerosas críticas que en años recientes se han hecho a estas nociones desde distintos flancos: el estructuralismo,

la hermenéutica de la sospecha, el deconstruccionismo, el posmodernismo, el neopragmatismo, e incluso la filosofía analítica. Pero además, Labastida hace una defensa del mundo que ese sujeto y ese edificio han construido por medio de la ciencia y la tecnología. Esto no significa que Labastida sea un conservador, alguien que crea que las cosas están bien tal y como están, pero sí lo hace alguien que considera que el mundo estaría peor si perdiéramos la confianza ilustrada en la capacidad de la ciencia y de la tecnología para construir un mundo mejor.

Como dije, el propósito del libro más reciente de Jaime Labastida es narrar la historia del sujeto científico y del edificio de la razón. El sujeto científico pretende estar desprovisto de cualquier característica particular: edad, sexo, color, nación y es, por lo tanto, como lo aclara Labastida, una ficción. Sin embargo, no por ser ficticio es falso y no por ser ficticio debe destruirse. Si bien es con Descartes que el sujeto de la ciencia alcanza su constitución definitiva, Labastida nos muestra que la historia de este sujeto puede remontarse al inicio de la filosofía en la antigua Grecia. De esta manera, la construcción del sujeto científico no puede desligarse de la construcción del edificio de la razón, la filosofía y la ciencia occidentales. Cito a Labastida en extenso:

Adviértase un hecho capital: desde que la filosofía nace por boca de Heráclito postula un sujeto escindido que se reconoce otro, distinto, universal (...). El sujeto de la enunciación, en este caso Heráclito, el que habla, no es él, sujeto nacido en la ciudad de Éfeso, sino que es la razón (...).

Lo que encontramos aquí es el nacimiento de la idea de la ciencia como un discurso *imparcial* en el que las características particulares del sujeto que enuncia dicho discurso son irrelevantes para la determinación de la verdad o falsedad de las regularidades o principios postulados. De este modo, para determinar la verdad o la falsedad de las leyes de Newton o de la teoría de la evo-

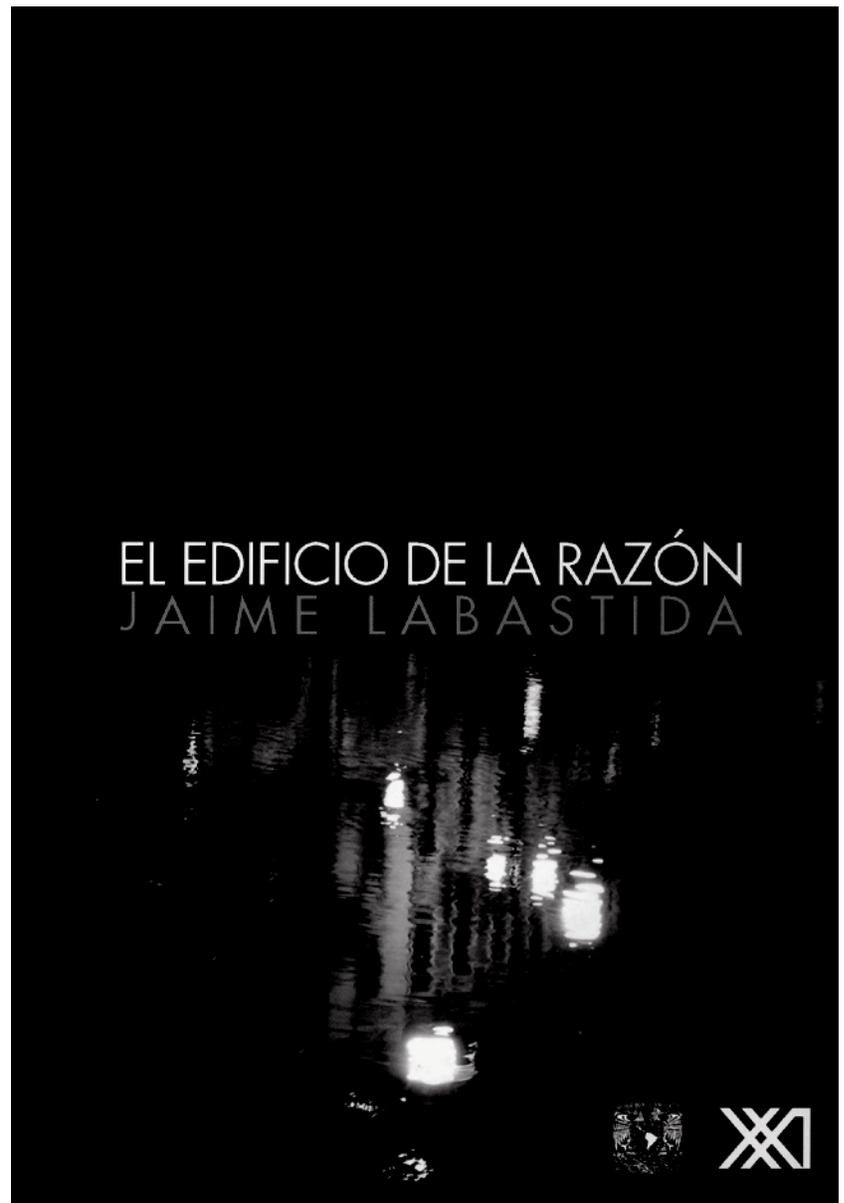
lución de Darwin no es necesario que tomemos en cuenta que fueron Newton o Darwin quienes las postularon en cierto contexto histórico dado. De esta manera podría decirse que no son Newton ni Darwin los que hablan en sus teorías sino la capacidad de la razón humana de descubrir las regularidades del mundo o si llevamos más lejos la metáfora podríamos incluso decir que es el mundo mismo quien nos habla a través de Newton y Darwin. No quisiera entrar aquí en la cuestión de cómo interpretar de manera metafísica el sujeto de la ciencia. Heráclito diría que es el *logos*, Descartes, el *ego*, Hegel, la *razón*. Labastida seguramente nos diría que no tenemos que distraernos en las interpretaciones filosóficas de este sujeto de la ciencia para reconocer el sitio fundamental que ocupa en el edificio de la razón. La contribución del libro es ofrecer una historia de la construcción de este sujeto y del edificio de la razón que lo ha alojado. Por supuesto que una empresa tan ambiciosa como ésta —tan saludablemente ambiciosa— es por necesidad incompleta. Labastida escoge una ruta narrativa pero hay otras, escoge algunos autores pero hay otros. Sería, por lo tanto, una injusticia reprocharle por no haber considerado a éste o aquel otro autor, porque de lo que estamos hablando es, ni más ni menos, de la historia de la racional occidental. En este caso, el sujeto de la enunciación sí es relevante. La historia de la construcción del sujeto que nos ofrece Labastida es la de él, y por lo tanto, depende de sus intereses, de sus conocimientos, e incluso del tiempo del que dispuso para escribirla. Dicho esto, es impresionante la lista de autores estudiados en el libro: Heráclito, Platón, Aristóteles, Vesalio, Harvey, Bacon, Maquiavelo, Galileo, Descartes, Spinoza, Leibniz, Locke, Newton, Kant, Hegel, Humboldt, Darwin, Smith, Marx, Comte, Saussure, Freud, Lacan, Popper y Kuhn, entre otros. Los capítulos sobre Descartes y Humboldt son dignos de una mención especial, ya que en ellos Labastida recapitula sus opiniones sobre ambos autores, de los que ya se había ocupado en ocasiones anteriores.

Otra manera de contar la historia que nos narra Labastida en su libro partiría de la idea de que la filosofía y la ciencia han aspirado a la máxima *objetividad*. El sujeto de la ciencia es, por lo tanto, un sujeto que busca salir del campo de la subjetividad (de sus prejuicios, sus limitaciones, sus perspectivas) para alcanzar el campo de la plena objetividad (es decir, de la imparcialidad, de la verdad, de la sola razón). Aunque suene como un oxímoron, lo que busca el sujeto de la ciencia es convertirse en un sujeto objetivo. Es un sujeto como éste el que hemos pretendido que sea el sujeto de la ciencia, pero no sólo el de ella sino también el de una concepción de la razón que no se limita al conocimiento científico. Por ejemplo, una de las descripciones recientes más interesantes de este sujeto ha venido no de la ciencia ni de la filosofía de la ciencia sino de la filosofía política, a saber, de John Rawls

en su libro *A Theory of Justice*. En ese libro, Rawls se plantea la pregunta de qué tipo de gobierno escogería un grupo de sujetos que ignoran sus características individuales: su edad, raza, sexo, estado de salud, coeficiente intelectual, etcétera.

No es éste el sitio ni el momento para hacer una reseña detallada de la historia de la construcción del edificio de la razón que nos ofrece Labastida. Lo que prefiero hacer es considerar la moraleja que se desprende de la historia que él nos cuenta. Lo cito:

Hoy, en esta mal llamada época posmoderna, se ha intentado destruir el edificio de la razón, que nos ha costado siglos levantar. Creo que es necesario preservarlo contra los embates irracionales, contra las pretensiones pseudocientíficas, (...). Por esta causa, subrayo que ahora es más que nunca necesario defender la racionalidad del sujeto de la ciencia, reivindicar el largo esfuerzo de construcción del sujeto científico, al que se le pueden y deben añadir todos los matices de la lingüística y el psicoanálisis, lo





Jaime Labastida

mismo que los avances de la moderna teoría de la interpretación (...). Pero nunca debe ni puede olvidarse que el sujeto científico es una conquista racional, histórica, que no deberá perderse.

Coincido con Labastida en su defensa de la razón, aunque quizá discreparíamos en algunos de sus matices. A mí me parece que podemos abandonar tranquilamente el ideal del sujeto científico de la modernidad sin por eso destruir al edificio de la razón. Es decir, pienso que en vez de que el edificio de la razón esté habitado por sujetos ficticios, por abstracciones insostenibles, puede estar habitado por humanos concretos. Y nada de esto impide que renunciemos a la aspiración de objetividad. Ésta es una de las grandes lecciones de la filosofía del siglo xx. Para mencionar a uno solo de los filósofos que han defendido esta posición podemos recordar a José Ortega y Gasset. Para Ortega, la razón debe entenderse como una razón vital, situada, histórica. El sujeto de la ciencia y de la filosofía, el habitante del edificio de la razón, es el hombre de carne y hueso. El sujeto de la ciencia es la ficción creada por la pretensión humana de alcanzar una visión del mundo que Thomas Nagel ha llamado la visión desde ningún sitio (*the view from nowhere*), es decir desde ninguna perspectiva individual, cultural o histórica. Esta contemplación totalmente objetiva del universo sólo podría tenerla un ángel o un demiurgo. Pero hoy sabemos por la propia ciencia, tengamos en cuenta el Principio de incertidumbre de Heisenberg, que si bien esta visión es una aspiración humana, es imposible de alcanzar en su totalidad. Esto no significa, sin

embargo, un fracaso de la razón, sino simplemente la aceptación de que la razón humana no es aquella en la que soñaron los filósofos de la modernidad. Aceptar la humanidad del sujeto de la razón no tiene que hacernos perder la esperanza en que seguiremos avanzando en la investigación científica del universo, en el desarrollo tecnológico, en la planeación racional de la sociedad e incluso en la modificación de nuestra propia humanidad y todo esto con un buen fin, con el hacer nuestras vidas mejores, más libres, más buenas.

Jaime Labastida ha escrito un libro erudito y de amena lectura, fruto de varias décadas de reflexión. El libro es, por encima de todo, una defensa apasionada de la razón y, en especial, del modelo de la razón científica. ¿Es extraño que quien haga esta defensa de la ciencia sea, al mismo tiempo, un poeta? No tiene por qué serlo. Pero creo que esto nos dice algo acerca de su persona —si se me permite entrar en este terreno delicado y escurridizo. En uno de sus poemas, que se me ha quedado grabado por su profundidad y su hermosura, Labastida nos cuenta cómo la escritura de sus pisadas sobre la arena es borrada por las olas. ¿Acaso la admiración que él siente por el edificio de la razón no es, de alguna manera, una búsqueda de algo sólido y permanente, de algo que no borre el mar? Y si esto así. ¿Acaso le preocupa que ese edificio majestuoso, creado a lo largo de los siglos, sucumba como un castillo de arena ante el embate de las olas? Parece que sí. En otros de sus poemas, el filósofo-poeta nos dice: “Sólo queda allá, lejana, la pequeña llama de la razón ardiendo”. Esta imagen estremecedora nos permite atisbar el sentido más hondo del libro de Jaime Labastida. **U**